

ansias de dominio en la razón de Estado, pueden aspirar a lo sumo a un cierto equilibrio orgánico entre autoridad y libertad, entre Estado e individuo. La *generosa passione* foscoliana ahoga así, en su raíz, los impulsos iniciales en pro de un continente obligado a unirse por el genio de Napoleón.

Con todo, la idea de una disensión necesaria (idea típicamente romántica) será recogida por Giacomo Leopardi con una profundidad abisal y, a la vez, con una altura en la expresión poética que sólo en un Hölderlin encuentran semejanza. También Leopardi, como Foscolo, se entrega al inicio de su andadura a un ideal «revolucionario» de corte schilleriano, en el que, transmutando la mezquina realidad, se aúnan la alabanza a la grandeza de la patria y sus glorias de antaño con el odio al dominio extranjero. Y también como en Foscolo se afirma el *amor proprio* contra todo humanitarismo y cosmopolitismo, basados en la nociva sustitución de la naturaleza por la razón moderna. Una poderosa vena de pensamiento antiilustrado irrumpe así en los esbozos primeros del *Zibaldone*: querer «un popolo esattamente filosofo e ragionevole» es no ver «che ragione e vita sono due cose incompatibili»²¹. El único lenitivo del amor propio es, no el altruismo —abstracto y vacuo—, sino *l'amor di patria*. Ahora bien, todo amor a la patria es inseparable del odio al extranjero (y en el fondo, se basa en él). La patria, única e indivisible (según el ideal de la república francesa), es *excluyente*. Por eso, la gran pesadilla está constituida justamente por la antinatural creencia en una sociedad universal, en el amor a todos los hombres, olvidando que sólo hay sociedad en el rechazo al extraño y que Roma decayó precisamente cuando pretendió convertirse en crisol de pueblos, en un *potpourri* (en sentido literal: «olla podrida») de tolerancia (I, 458 s.).

De ahí se sigue la idea de que la filosofía moderna sea radicalmente *contra natura*, pues quiere hacer, en efecto, del mundo una fraternidad universal, una patria, y aspira a que *todos* los hombres se amen. Esa tendencia impuesta, afirma Leopardi, ha propiciado justamente el resultado opuesto: el *individualismo* nihilista y anárquico, en el que se dan tantas «patrias» como individuos (I, 149). Pero, ¿no hemos vuelto así a las aguas del pensamiento reaccionario, tan pujante en los años de la gran desilusión tras el terror? La concepción leopardina es, sin embargo, mucho más sutil, y escapa magníficamente de los extremos del idealismo *formal* revolucionario (propio, por ejemplo, del primer Fichte) y de la nostalgia apocalíptica de un De Maistre. En genial *ficción*, que recuerda en muchos de sus puntos a Novalis (como luego veremos), establece Leopardi el recuerdo *soñado* de un gobierno monárquico, mas no absoluto ni despótico (contra Foscolo): «una monarchia dove il re era padrone di tutto, e il suddito niente manco libero» (II, 3517). En ella, todos los hombres alcanzaban unidad mediante la subordinación de su egoísmo al bien común. Leopardi utiliza entonces este *sueño*

²¹ G. Leopardi, Tutte le opere. A cura di W. Bini. Florencia 1989 (3). (El *Zibaldone* di pensieri se cita señalando el volumen de esta edición y la página del original de Leopardi, como de costumbre. Aquí: I, 358.)

primitivo como arma contra la monarquía real de su tiempo: absoluta, despótica y hereditaria (I, 574). El ideal regulativo, de resonancias rousseauianas, obra así como *norte* de los esfuerzos de los hombres, que han de establecer, como estadios intermedios de aproximación a ese ideal, una monarquía constitucional garante de las *libertades democráticas* (I, 564). Dentro de un Estado democrático, en efecto, cada individuo se siente parte del todo, al que se adhiere como a sí mismo (I, 566). Se logra así la fusión entre libertad democrática y amor patrio, impensable para un Foscolo. Ahora bien, esa libertad debe tender constantemente a la instauración —o mejor, a la restauración— de esa sociedad primitiva de la edad de oro. Sin tal orientación, la democracia decae enseguida en igualdad uniforme y muerta, un estado de corrupción generalizada que hace tornarse al modo democrático de gobierno en oligarquía primero, luego en aristocracia y, por fin, en la monarquía tiránica coetánea. Sólo el pensamiento de aquel ideal de unión puede salvar a los hombres, pues: «Non è provato che la società quale ora è sia lo stato naturale dell'uomo» (I, 370; directamente contra Foscolo, que acababa afirmando, entre la resignación y el cinismo historicista: «Tutto quello che è, deve essere; e se non dovesse essere, non sarebbe»²²).

Mas el rasgo característico del Leopardi maduro es el cambio de estimación respecto a la naturaleza (un rasgo que aparta al poeta de las ensoñaciones cordiales del primer romanticismo). Ésta va apareciendo, en efecto (ya desde el *Bruto minore*), como indiferente y aun *hostil* a los hombres. Las leyes de la Naturaleza presentan, desde luego, el rasgo inmutable de la repetición de lo igual (*Zibaldone* II, 4485); el hombre, por contra, es una diferencia irreductible (*amore di sè*), tanto respecto de las cosas como de los otros hombres. De ahí esta vigorosa declaración de 1829: «La mia filosofia fa rea d'ogni cosa la natura, e discolpando gli uomini totalmente, rivolge l'odio, o se non altro il lamento, a principio più alto, all'origine vera de' mali de' viventi» (II, 4428).

Ahora bien, los *conductores de pueblos* son, en este sentido, encarnación de la naturaleza (*Natur im Subject*, llamaba Kant al genio). También ellos pretenden, por la fuerza, implantar una igualdad «natural» que conduce necesariamente a una tediosa repetición de lo igual. Consecuente y arrogantemente, Leopardi declara la guerra a *todos* los políticos de su tiempo: tanto a los restauradores del equilibrio europeo (Metternich) y a los apóstoles de la reacción (entre ellos, su propio padre: Monaldo Leopardi), como a los liberales (tildados de «barbati eroi») y progresistas, incapaces de hacer felices a los individuos de carne y hueso, y por ello forjadores de un hombre abstracto; una «felicidad» colectiva que planea, etérea, sobre las desdichas reales:

²² Sull'origine e i limiti della giustizia; *ed. cit.*, VII, 179.

...Ma novo e quasi
Divin consiglio ritrovàr gli eccelsi
Spirti del secol mio: che, non potendo
Felice in terra far persona alcuna,
L'uomo obbliando, a ricercar si diero
Una comun felicitade; e quella
Trovata agevolmente, essi di molti
Tristi e miseri tutti, un popol fanno
Lieto e felice: e tal portento, ancora
Da *pamphlets*, da *reviste* e da *gazzette*
Non dichiarato, il civil gregge ammira²³. *

Sólo que, ¿cómo escapar de la tenaza entre la tiranía y la pseudocracia formal, entre la obediencia al *capo* y el *regolamento esattissimo*? La solución insinuada por Leopardi, sin ser enteramente satisfactoria, es sin embargo bien sugerente. Esos extremos coinciden en el establecimiento de lo que el poeta denomina *società stretta*, «corruttrice della natura umana» (Zibaldone, I, 191). El hombre es, en efecto, de suyo, libre e independiente: su «igualdad» con los demás consiste exclusivamente en la irreductibilidad de su diferencia: lo distingue y divide, paradójicamente, su individualidad. Por el contrario, las necesidades sociales imponen dependencia y desigualdad (contra los ideales declamados), de modo que los individuos —especialmente los débiles— son incapaces de resistir y subsistir en el seno social. Todo ello genera justamente el acrecentamiento del *odio al extraño*, el egoísmo feroz: hay, al fin, tantos enemigos como hombrs (I, 890).

Frente a ese estado de «civiltà» propugna Leopardi una sociedad «lassa» (I, 873), escasa de vínculos. Una sociedad «scarsissima e larghissima» endeizada a la satisfacción de las necesidades primordiales: fundamentalmente, a la protección contra la naturaleza. Una naturaleza que, al fin, vencerá necesariamente en la lucha que los débiles seres humanos emprenden contra ella. Una lucha, sin embargo, en la que se juega la *dignidad* del hombre, que se sabe mortal y con todo se levanta, débil y magnífico, contra ese destino. No hay aquí *redención*, mas sí una llamada activa a la solidaridad de los «perdedores». Es el *pesimismo* radical leopardino el que fomenta paradójicamente la necesaria unión entre los hombres, mientras que el optimismo historicista resulta a la postre reaccionario y conformista, en su sumisión al destino.

La *fe humanitaria* del último Leopardi está, así, dirigida contra el propio *interior* del hombre (la naturaleza, triunfante en el interior de cada uno de nosotros). La *social catena* contra la *empia natura* se basa, en suma, en el reconocimiento del sufrimiento y la *mortalidad* y, al mismo tiempo y en el mismo respecto, en la perentoria llamada a la unión —precaria y efímera— de los hombres contra la madre común, la gran enemiga:

²³ Palinodia al Marchese Gino Capponi, vv. 197-207 (ed. cit., III, 40).

* «...mas nuevo es casi/ divino consejo reencontrar los excelsos/ espíritus de mi siglo: que, no pudiendo/ hacer feliz a nadie en esta tierra,/ olvidando al hombre, se entregaron a buscar/ una común felicidad; y aquella/ fácilmente encontrada y muchos de ellos/ tristes y miserables, hacen un pueblo/ alegre y feliz: y tal portento, todavía/ de pamphlets, revistas y gacetas/ no declarado, la grey civil admira.»